

glo XVIII, aumenta la oposicion entre los hechos y las ideas. En el mundo real no se ven mas que coaliciones de la fuerza contra la debilidad. Una de estas coaliciones llega á realizarse; este es el suicidio del poder real. Está tan distante de la corriente de las ideas, que los filósofos, que tambien ejercen un poder en el siglo XVIII, acaban por no ocuparse ya de ella. Prosiguen su mision de demolicion, y á la vez que destruyen el edificio de lo pasado, echan los cimientos de la sociedad futura. La fuerza reinaba en el antiguo mundo; en el nuevo reinan las ideas, y entre éstas la primera, la justicia.

El movimiento de las ideas en el último siglo nos hace perdonar los hechos. No considerando más que la política real, parece que la civilizacion intelectual conduce á la perturbacion del sentido moral, segun el desprecio que los reyes afectan hácia la humanidad y la justicia. ¿Habia de desmentir el siglo XVIII la doctrina del progreso? Es imposible, porque este mismo siglo es el que ha formulado y difundido esta doctrina, y no es la decrepitud la que concibe las leyes de la vida. Si la creencia en la perfectibilidad del género humano entra definitivamente en la conciencia general en el último siglo, es porque se realiza, ó al ménos se prepara, un progreso inmenso. Hay un mundo que se va, el antiguo poder real de derecho divino, con su séquito de absolutismo, de maquiavelismo y de violencia. Hay un mundo nuevo en gérmen; los filósofos lo inauguran. Se ha acriminado á la filosofía por haber conducido á la Francia, y en pos de ella á la Europa entera, al abismo de la revolucion. Este crimen es su título de gloria. Pero es preciso explicarse. Hay en la revolucion una reaccion sangrienta contra lo pasado, obra de cólera y de venganza. Esta es una fase de la revolucion ajena á la filosofía. El verdadero culpable es el antiguo régimen. Cuando las víctimas de una opresion secular se levantan contra la tiranía, no se debe acusar al pueblo que se rebela, sino á los tiranos. La mision de la filosofía es mucho más gloriosa. Pura de la sangre derramada, su mision es preparar el terreno sobre el cual ha de levantarse la sociedad del porvenir, y suministrar á los arquitectos los materiales y los planos que les han de servir para la construccion del nuevo edificio.

CAPITULO II.

LA LITERATURA EN TIEMPO DE LUIS XIV.

§ I.—La filosofía.

Pascal.

En el siglo XVII la filosofía no tenía todavía esas formas militantes de los libres pensadores del siglo XVIII. Descartes figura con razon entre los héroes que emanciparon el pensamiento humano. Con decir que Espinosa procede del filósofo frances, queda dicho que ocultaba atrevidísimas ideas en sus especulaciones, por más que profesára un gran respeto á las autoridades establecidas. Parece como si tuviese miedo de comprometer su doctrina, aventurándose en el peligroso terreno de la religion y de la política. En otra parte hemos dicho que su teoría del derecho de gentes no es más que la justificacion del hecho (1). Los príncipes pueden hacer la guerra, si les es ventajosa; pueden causar al enemigo todo el daño que les convenga; no hay que buscar justicia en las relaciones internacionales; en ellas dominan solamente el interes y la fuerza. Si Richelieu ó Luis XIV hubieran escrito una teoría de la política real, no hubieran dicho otra cosa. La filosofía de Descartes, gracias á su prudente reserva, invadió el mundo intelectual. Pero al aceptar sus doctrinas metafísicas, el espíritu humano no se mantuvo dentro de los límites en que Descartes se habia encerrado. Acercábanse los tiempos en que se habia de pe-

(1) Véase el t. X de mis *Estudios*.

dir algo más que especulaciones. La literatura de Luis XIV, por muy pacífica que parezca, anuncia la tempestad.

Pascal no es un filósofo de profesion, pero en su corta carrera ha removido más ideas que muchos filósofos de escuela. Aunque pensador solitario, tiene destellos de genio acerca de la realidad. Media un abismo entre él y Descartes. Ve lo mismo que su maestro «que la fuerza es la reina del mundo.» Pero no se somete al hecho, no lo acepta. No conocemos sátira más sangrienta de lo que se llama derecho de guerra que estas palabras de Pascal: «El latrocinio, el incesto, la muerte de los hijos y de los padres, todo cabe entre las acciones virtuosas. ¿Hay nada más raro que el derecho de matarme que tiene un hombre, porque vive al otro lado del mar, y porque su príncipe ha reñido con el mio, aún cuando yo no haya reñido con él?... ¿Por qué me matas? ¡Cómo! ¿No vives al otro lado del mar? Amigo mio, si vivieras del lado de acá, yo sería un asesino, sería injusto matarte de este modo; pero viviendo del lado de allá, yo soy un valiente, y es justo matarte.» Esta singular justicia del derecho de guerra ha arrancado á Pascal esta exclamacion desesperada: (1) «¡Famosa justicia que encuentra sus límites en un rio ó una montaña! ¡Verdad, más acá de los Pirineos! ¡más allá, error!»

La justicia internacional estaba, en efecto, profundamente viciada, porque, como dice Pascal, las disputas de los reyes no eran las contiendas de los pueblos. Esta crítica encerraba muchas consecuencias; se dirigia no tanto al derecho en sí mismo, cuanto al derecho, tal cual lo hacía, desnaturalizándolo, el poder real. La queja, pues, se dirigia al poder real. Pascal lo conoce y lo expresa á su manera: «Cuando se trata de juzgar si se debe hacer la guerra y matar tantos hombres, condenar á muerte á tantos Españoles, un solo hombre es el que juzga, y éste es parte interesada; debiera ser un tercero imparcial.» Hé aquí una idea revolucionaria, que tiende á arrancar á los reyes un derecho que constituia la esencia de su poder bajo el antiguo régimen. ¿Qué

(1) «No se ve apénas nada de justo ni de injusto que no cambie de calidad al cambiar de clima. Tres grados de elevacion del polo trastornan toda la jurisprudencia.»

quedará del poder real si se le quita el derecho á la guerra? Será un poder nuevo y una política nueva. Pero ¿cómo llegar á esta trasformacion? Hé aquí planteado el problema de la revolucion en el siglo XVII por un pensador cristiano. Pascal tiene sed de justicia, y ve que la justicia, tal como la organiza el antiguo régimen, es una amarga irrision. Esta es la razon profunda por la cual habrá de ser sustituida por un régimen nuevo, y este régimen no es posible sino mediante una revolucion. Tal es la consecuencia inevitable de la oposicion que Pascal señala entre la justicia humana y la justicia absoluta. Los hombres tienen la mision de realizar la justicia en los límites de su imperfeccion; todo lo que á ello se oponga debe desaparecer, y desaparecerá.

Pero Pascal no pensó en sacar esta consecuencia. Era cristiano, y un verdadero cristiano no será nunca revolucionario. Escuchemos su profesion de fe respecto del poder real; Bossuet y Luis XIV hubieran podido firmarla: «En un Estado en que se halla establecido el poder real, no sería posible violar el respeto que se le debe sin una especie de sacrilegio; *porque como el poder que Dios le ha conferido es, no solamente una imágen, sino una participacion del poder de Dios*, no es posible oponerse á él sin resistir manifiestamente las órdenes de Dios.... Los primeros cristianos no nos han enseñado la rebelion, sino la paciencia, cuando los príncipes no cumplen su deber.» Estas palabras encierran muchas enseñanzas. ¿Quién podría dudar que están inspiradas en el sentimiento cristiano? Al condenar toda revolucion, el cristianismo inmoviliza la humanidad, y la inmoviliza en un estado que es la negacion de la justicia divina. ¿No nos ha hecho ver Pascal que el derecho real es una parodia del derecho? Y, sin embargo, nos dice que los reyes participan del poder de Dios, y que la rebelion es tan culpable como el asesinato. Hé aquí la doctrina cristiana, impotente para realizar el ideal de la justicia, y oponiendo obstáculos á que los pueblos lo realicen. Al cabo de diez y siete siglos de cristianismo, dice Pascal que la fuerza es la reina del mundo. Esta fuerza se concentra en el poder real, y éste es inviolable como Dios. ¡Seguirá, pues, la fuerza siendo la reina del mundo! El siglo XVIII ha tenido más elevadas aspiraciones, ha querido organizar la humanidad segun el ideal de la

justicia. Encontrando en su camino el cristianismo que le acriminaba su ambicion, ha querido acabar con este enemigo. La guerra era, pues, fatal. Aquí se ve la ilusion de los que consideran la revolucion como una manifestacion de las creencias cristianas. Si la ha inspirado el cristianismo, habrá sido un cristianismo que no tiene de comun más que el nombre con la religion tradicional.

§ II.—La literatura.

N.º 1.—Boileau.

Boileau es un poeta cortesano. Es el historiógrafo de Luis XIV, y llevó hasta la idolatría su admiracion hácia el gran rey. En la contienda de los antiguos y de los modernos, que implica en el fondo la doctrina del progreso, Boileau se declara por los antiguos. Parece, pues, por todos conceptos un hombre del pasado. Sin embargo, aquel cortesano de un rey que no sueña más que conquistas, es un enemigo declarado de los conquistadores; aquel partidario de los antiguos se desata con violencia inaudita contra el héroe más brillante de la antigüedad; repudia la fuerza como Pascal y le opondrá la justicia, sin desesperar como el triste filósofo, que no sabe más que maldecir y criticar el espíritu humano. ¿Cómo explicar estas contradicciones?

El movimiento hostil á la guerra y á la conquista, que se manifiesta en el siglo XVII y adquiere tanta importancia en el XVIII, tiene sus raíces en la antigüedad. Los estóicos, preocupados exclusivamente del hombre interior y de su perfeccionamiento, hacían poco caso de los conquistadores. No temieron atacar á la figura más brillante de la Grecia; sus sátiras traspasaron el reducido círculo de la escuela; los poetas persiguieron con sus invectivas á Alejandro en el seno de una nacion esencialmente guerrera. Juvenal rivalizó en dureza con Séneca. Boileau reproduce sus ataques. A la faz de un rey, cuya ambicion egoísta asolaba la Europa, hace la sátira de la ambicion. A los que dicen que este vicio fué siempre la virtud de los héroes, responde con una violenta filípica contra el héroe macedonio:

« *L'enragé qu'il était, né roi d'une province
Qu'il pouvait gouverner en bon et sage prince,
S'en alla follement, et pensant être Dieu,
Courir comme un bandit qui n'a ni feu ni lieu,
Et traînant avec soi les horreurs de la guerre,
De sa vaste folie emplir toute la terre:
Heureux si de son temps, pour cent bonnes raisons,
La Macédoine eût eu des petites-maisons,
Et qu'un sage tuteur l'eût en cette demeure,
Par avis des parents, enfermé de bonne heure!* » (a).

Dícese que Carlos XII, al leer estos versos, arrancó la página de Boileau, que contenía esta sátira de su héroe favorito. Dirigida á Alejandro, la sátira era injusta; no era un loco el joven guerrero, que fundó más ciudades que las que han destruido otros conquistadores. Pero en su émulo Carlos XII la pasión de la guerra fué una verdadera locura. Si no se encierra en los manicomios á los locos de esta especie, al ménos los pueblos se defenderán de su funesta manía, tomando á su cargo la direccion de sus destinos.

Boileau no se limita á censurar los excesos del espíritu guerrero, tal como se encarnó en el héroe sueco; ataca á la guerra misma, ve en ella una enfermedad de la humanidad, y procura curarla, avergonzando á los hombres porque son más crueles que las fieras (1). Muchas veces se ha hecho esta comparacion que pa-

(a) Dejamos en frances estos versos de Boileau, y en general harémos lo mismo con todos aquellos pasajes en que la traduccion habria de oscurecer forzosamente la belleza del original, pero para que pueda comprenderse su significado, darémos por nota su traduccion en prosa. Los versos estampados en el texto quieren decir:

« Aquel furioso, que por nacimiento era rey de una provincia, la cual hubiera podido gobernar como príncipe bueno y prudente, salió, hecho un loco, y creyendo ser un Dios, á correr como un bandido sin casa ni hogar, y llevando consigo los horrores de la guerra, á llenar el mundo con su vasta locura: ¡ojalá en aquellos tiempos hubiera habido casas de locos en Macedonia para que un tutor prudente lo hubiera encerrado á tiempo en una de ellas con consentimiento de sus parientes!» (N. del T.)

(1) *Jamais, pour s'agrandir, vit-on dans sa manie
Un tigre en fractions partager l'Hyrcanie?
L'ours a-t-il dans les bois la guerre avec les ours?
Le vautour dans les airs fond-il sur les vautours?* (b).

(b) ¿Se ha visto alguna vez que algun tigre fraccione la Hircania en su manía de engrandecerse? ¿El oso hace en los bosques la guerra á los osos? ¿El buitre ataca á los buitres en los aires?